

Arturo Torres Rioseco

## Primeras formas novelescas <sup>(1)</sup>

### I

#### EN HISPANOAMERICA

Nuestra época colonial ha sido, además de epopeya y drama, novela real y extraordinaria; y por serlo en la realidad, murió en ella, sin ser interpretada estéticamente, abolida su posibilidad por el cultivo exuberante de la crónica, la historia y el poema épico. ¿Cómo explicar la ausencia de la novela en estas tierras nuevas, extensión de la España tutelar, tan rica en este género, en sus manifestaciones pastoriles, picarescas y costumbristas? Sería lógico pensar que paralelamente a la narración de hechos heroicos en forma rimada y a la escueta exposición de sucesos verídicos y cosas vistas, debió haberse ensayado la interpretación artística en forma de relato novelesco. Pero no fué así, por razones que hasta hoy nadie ha acertado a explicar.

---

(1) Del libro en prensa, *Introducción al estudio de la novela en América*.

Podría creerse que, como la novela es un género peligroso, sea por sus ideas, por la influencia que ejerce en la imaginación del público o porque contribuye, según algún pensador pazguato, a la degeneración de las costumbres, la censura de las autoridades coloniales hizo imposible el cultivo de estas obras. En efecto, debido a la excesiva popularidad de *Amadises y Palmerines* la esposa de Carlos V dictó en 1531 un decreto por el cual prohibía terminantemente que se exportaran a las Indias los libros de ficción, en especial los del tipo del *Amadís de Gaula*, «porque ellos son dañosos a la salud moral y al bienestar de los nativos». A pesar de esta orden, los libros de caballería circularon libremente por América y la novela picaresca no era desconocida en el nuevo continente. De todos modos existía el veto moral, que hacía muy difícil la publicación de obras que no tuvieran carácter estrictamente religioso. La vida agitada e insegura de los colonizadores no les permitía elaborar largamente sus trabajos, hacer síntesis filosóficas de los hechos, dedicarse a la meditación. En la crónica, la historia y la épica encontraban una expresión más de acuerdo con el medio, podían improvisar diaria y fragmentariamente, sin romper el ritmo del conjunto, esencial en la novela. Así pudo Cortés escribir sus cinco cartas; Cabeza de Vaca, tejer sus *Comentarios y Naufragios*; Bernal Díaz, construir su recia *Historia verdadera*; Ercilla, aumentar paulatinamente el

número de estrofas de su *Araucana*, todas ellas obras sin unidad, agrupaciones de fragmentos.

Dado el desprestigio en que cayó la novela de caballerías después del aparecimiento de la primera parte de *Don Quijote*, (1605), y considerando el origen plebeyo de la novela picaresca, no es raro que los escritores de la Colonia hayan preferido los géneros más nobles, como la historia y el poema épico que gozaban de gran popularidad en el siglo XVI. He aquí la razón por qué Ercilla y los otros poetas de su clase se inspiraron en los versos de Ariosto, Tasso y los autores españoles de poemas épicos románticos.

También es posible, y esta opinión aunque hipotética es en extremo lógica, que los primeros escritores coloniales, héroes del descubrimiento y la conquista todos ellos, sintieron cierto desdén por las hazañas ficticias de los personajes novelescos y creyeran de más valor las que ellos vivían.

Pero si la novela no existe como género independiente, su espíritu alienta en toda la literatura colonial. No sería difícil novelar la *Verdadera historia de la conquista de Nueva España de Bernal Díaz* que se deja leer con la facilidad de una obra de ficción; Garcilaso de la Vega ofrece en sus *Comentarios reales* lectura de deleite y pasatiempo; lo mismo podría decirse de los *Naufragios de Alvar Núñez*. En *Fernández de Oviedo* y *Las Casas* hay descripciones de costumbres y de ambiente capaces de servir de fondo a la más moderna de las nove-

las. Igual cosa se podría decir con respecto a la poesía épica, ya que una *Araucana*, un *Arauco domado* o un *Purén Indómito*, puestos en prosa, serían novelas históricas de positivo interés, mayor acaso que el que tienen en verso.

No es materia fácil determinar con acierto cuál es la primera novela americana. La crítica mexicana querría hacernos creer que *Los Sirgeros de la virgen*, (1620), del bachiller Francisco Bramón es una obra de tendencia pastoril que sigue de cerca a *La Galetea* de Cervantes y que *Los infortunios de Alonso Ramírez*, (1690), de Sigüenza y Góngora ofrecen, dentro de la veracidad del relato histórico, elementos novelescos; más fundadas razones habría para considerar como novela *El Cautiverio feliz* de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, (1607-1682), en que el autor relata con sencillez y colorido sus aventuras entre los indios araucanos. También se citan dentro del siglo XVII *El siglo de oro en las selvas de Erifile*, (1608), de Bernardo de Balbuena; *El Carnero* de Juan Rodríguez Fresle, crónicas de amores y de crímenes en Nueva Granada, y *Restauración de la Imperial*, (1693), de Juan de Barrenechea y Albis. De hecho no habría más motivos para tildar de novelas a éstas que a las narraciones de los cronistas de Indias y sólo el prurito de enriquecer indebidamente una literatura podría hacer que nos remontásemos al prime-

ro o segundo siglo de la Colonia para estudiar el género en cuestión.

A fines del siglo XVIII, se ha querido hallar una novela en *El Lazarillo de ciegos caminantes* de Calixto Bustamante Carlos Inca, alias Concolorcorvo. Este libro tiene el siguiente pie de imprenta: Con licencia, en Gijón, en la Imprenta de la Rovada, año 1773. La licencia no aparece, sin embargo en la edición y todo hace creer que la obra fué impresa en Lima. Por lo que se refiere al significado del pseudónimo el mismo autor lo explica:

—El que vió un indio se puede hacer juicio de que los vió a todos, y sólo reparé en las pinturas de sus antepasados los incas, y aun en usted y otros que dicen descender de casa real. más deformidad y que sus rostros se acercan a los de los moros en narices y boca, aunque equéllos tienen el color ceniciento y ustedes de ala de cuervo.

—Por eso mismo, acaso, se me puso el renombre de Concolorcorvo.

Sí, señor, me dijo.

—Pues juro por la batalla de Almansa y por la paz de Nimega, que he de perpetuar en mi casa este apellido, como lo hicieron mis antepasados con el de Carlos, que no es tan sonoro y significativo. ¡Concolorcorvo! es un término retumbante y capaz de atronar un ejército numeroso y de combatir con

el de Manco-Capac, que siempre me chocó tanto, como el de Miramamolín de Marruecos. (1)

El *Lazarillo* es la crónica de un viaje hecho a lomo de mula desde Montevideo hasta Lima por Concolorcorvo y el visitador Lavandera, para el establecimiento de correos y postas. Concolorcorvo hace el relato, que consiste en una descripción de los caminos, ciudades, habitantes y sus costumbres, territorios y sus riquezas, indios pampas, indios mitayos, gauderios, o sea antepasados de los gauchos, etc. En los últimos capítulos, hay largas discusiones entre el visitador y Concolorcorvo sobre temas de historia, idiomas, religión, cantos, bailes y música, fiestas religiosas y profanas, y muchas otras cosas de variado sabor e interés.

El *Lazarillo* es, como su nombre lo indica, una *Guía de viajero*, y es preciso desconocer en absoluto lo que es una novela, para darle el nombre de tal. Verdad es que el autor es un hombre de profundo espíritu satírico y mordaz que gusta de intercalar toda clase de observaciones picarescas en un relato de suyo seco y documentado. En algunos pasajes parece que Concolorcorvo va a convertirse en héroe novelesco, en pariente de los Estebanillos y los Lázaros, como cuando exclama en el prólogo:

«Yo soy indio neto, salvo las trampas de mi madre, de que no salgo por fiador. Dos primas mías

---

(1) *Biblioteca de la Junta de Historia y Numismática americana*, Vol. IV, Buenos Aires, 1908, págs. 233 y 234.

coyas conservan la virginidad, a su pesar, en un convento del Cuzco, en donde las mantiene el rey nuestro señor.

«Yo me hallo en ánimo de pretender la plaza de perrero de la catedral del Cuzco para gozar inmunidad eclesiástica y para lo que me servirá de mucho mérito el haber escrito este itinerario, que aunque en Dios y en conciencia lo formé con ayuda de vecinos, que a ratos ociosos me soplaban a la oreja, y cierto fraile de San Juan de Dios, que me encajó la introducción y latines, tengo a lo menos mucha parte en haber perifrasedado lo que me decía el visitador en pocas palabras». <sup>(1)</sup>

Pero estos pasajes son breves, como son breves sus divagaciones, sus chistes, sus anécdotas, sus disquisiciones sobre literatura e historia. Concolorcorvo hace una relación de utilidad, no de entretenimiento, aunque para hacer agradable su lectura deje vagar su imaginación más de lo acostumbrado en esta clase de trabajos. Con todo, *El lazarillo* no es más que un libro de viajes, un itinerario, como dice el autor, y menos interesante que muchos otros escritos por viajeros de más sensibilidad. No es Concolorcorvo el protagonista de su acción, porque ésta no existe; no es él el pícaro que va sufriendo y gozando con sus propias aventuras, sacando lecciones de moral del drama de la vida, en contacto con infinidad de tipos diferentes. No crea ambien-

---

(1) *Ibid.*, pág. 17.

te, no presenta la personalidad del narrador, ni el cuadro de la sociedad humana de su tiempo. El elemento artístico está ausente de esta obra que ni siquiera tiene los elementos autobiográficos de las menos caracterizadas novelas picarescas. El estilo de este *Lazarillo* es sabroso y lleno de colorido, si a veces monótono por la insistencia descriptiva. Lector fervoroso de Quevedo, Concolorcorvo ha imitado al maestro en el tono zumbón e irrespetuoso, aunque está muy lejos de su genio. Se burla Concolorcorvo de todos y de todo, empezando por decirnos que su libro fué publicado por la Imprenta La rovada; se mofa de su origen, de su raza, de su familia, de su misma madre, cuando escribe: «Yo soy indio neto, salvo las trampas de mi madre». En esos momentos parece que estamos oyendo la voz de don Pablo de Segovia cuando asegura:

«Dicen que (mi padre) era de muy buena cepa, y según él bebía, es cosa de creer. Sospechábase en el pueblo que (mi madre) no era cristiana vieja, aunque ella, por los nombres de sus pasados, esforzaba que descendía de los del triunvirato romano. Tuvo muy buen parecer y fué tan celebrada, que en el en que ella vivió todos los copleros de España ha-tiempo cían cosas sobre ella» <sup>(1)</sup>.

Buscando la lejana relación del *Lazarillo* de ciegos caminantes con el género novelesco tendríamos que remontarnos a esas creaciones híbridas del

---

(1) Quevedo, *Historia de la vida del Buscón*, cap. I.

tipo de *El viaje entretenido* de Agustín de Rojas Villandrando.

## II

### LIZARDI, PRIMER NOVELISTA AMERICANO

La novela hispanoamericana nace con *El Periquillo Sarniento*<sup>(1)</sup> de José Joaquín Fernández de Lizardi, «*El pensador mexicano*»<sup>(2)</sup> en 1816. Parece extraño que más de dos siglos después de la boga de la novela picaresca en España haya surgido en el Nuevo Mundo este Periquillo, descendiente de Guzmanes, Rinconetes, Pablos y hasta con el mismo nombre de uno de sus antepasados, Periquillo el de las Gallineras. Las causas de tal retraso las hemos apuntado más atrás. Tan tardío fué el nacimiento de este libro que nadie imitó el ejemplo de Lizardi y la picaresca nace y muere en América con este autor<sup>(3)</sup>. Tenía que ser así dado que el género no da para más. En España, las novelas picarescas de algún valor no pasan de media docena y las mismas aventuras se repiten en casi todas; el género no tiene variedad y sólo el talento de ciertos escritores como Quevedo pudo

(1) *El Periquillo Sarniento*, por el Pensador mexicano. Con las licencias necesarias. México. En la oficina de don Alexandro Valdés, calle de Zuleta, año de 1816.

(2) (1778-1827).

(3) Adelantándose a cierta crítica de «bibliógrafos», el autor observa que de las muchas otras novelas picarescas escritas en América en el siglo XIX ninguna es digna de interés.

darle nueva vida; cuando ya no había nada que esperar de él.

El «Pensador mexicano» relata en su novela la vida y aventuras de Pedro Sarmiento, a principios del siglo XIX y en la ciudad de México. Las ambiciones y torcida educación de su madre, aficionada a los títulos y a la nobleza, hacen de Pedro un muchacho pretencioso, a pesar de los deseos de su padre para que aprenda algún oficio. Entra en la escuela primaria y allí recibe su famoso nombre de Periquillo Sarmiento, a causa de su chaquetita verde y su pantalón amarillo y de la sarna que contrajo por esos días. El maestro es un infeliz. Su ignorancia queda explicada cuando, en vez de escribir al pie de la imagen de la Concepción la siguiente redondilla:

Pues del Padre celestial  
Fué María la hija querida.  
¿No había de ser concebida  
Sin pecado original?

equivoca la puntuación y pone:

¿Pues del Padre celestial  
Fué María la hija querida?  
No, había de ser concebida  
Sin pecado original. <sup>(1)</sup>

---

(1) *El Periquillo Sarmiento*, México, 1830, tomo I, pág. 45.

Periquillo pasa después a un establecimiento educacional modelo, en el cual se ponen en práctica las teorías pedagógicas de Rousseau, y finalmente entra en la Universidad para obtener, después de malgastar algunos años, su inútil grado de bachiller en artes. Para librarse de la insistencia de su padre que le busca un empleo, trabajo impropio según Periquillo para un individuo de sus méritos, ingresa en la Facultad de Teología, pero sus malas costumbres le impiden seguir allí, decide encerrarse en un monasterio. Pero descubre que las privaciones y sufrimientos de ese lugar no son para él, y a la muerte de su padre sale otra vez al mundo, y en adelante finge arrepentimiento y buena conducta, con los ojos fijos en la herencia paterna. Un año después, Periquillo se entrega a la disipación, al juego y a las mujeres. Su madre muere de miseria y el muchacho, ya de lleno en la vida del vicio, cae en la cárcel, acusado de ladrón. Describe la vida de las prisiones:

«Había en aquel patio un millón de presos. Unos blancos, otros prietos; unos medio vestidos, otros decentes; unos empelotados, otros enredados en sus pichas; pero todos pálidos, pintando su tristeza y su desesperación con las macilentas colores de sus caras. Sin embargo, parece que nada se les daba de aquella vida; porque unos jugaban albures; otros saltaban con los grillos; otros cantaban; otros tejían medias y puntas; otros platicaban, y cada cual procuraba divertirse; menos unos cuantos más fisgones

que se rodearon de mí a indagar cual era el motivo de mi prisión (1).

En la cárcel conoce a don Antonio, hombre bueno a carta cabal, víctima de cierto marqués que al morir expía su culpa dejando su herencia a don Antonio. Periquillo recibe lecciones de alta moral de su amigo, pero cuando éste deja la prisión, vuelve a las andadas. Por fin es rescatado por el licenciado Chanfaina, hombre venal y estafalario. Con Chanfaina, rey de pícaros, aprende Periquillo todas las malas mañas y sale aprovechadísimo del arte de la cábala con la pluma. La querida de Chanfaina se enamora de nuestro héroe y, descubierto el idilio, éste tiene que abandonar a su amo y es admitido en casa de un barbero, amigo de su padre y de nombre Agustín Rapamentas. Este buen hombre le enseña el oficio suyo y Periquillo aprende a rapar perros, desollar indios y romper quijadas de vieja, con grandísimo entusiasmo, hasta que al fin por otra picardía, tiene que salir de allí y buscar colocación con un farmacéutico, de donde es despedido al equivocar una receta. Se acomoda luego al lado del doctor Purgante, un charlatán que disfraza su ignorancia con latinajos. Cansado de la avaricia de su nuevo amo, Periquillo le roba la mula y el título de doctor y sale por esos caminos de Dios, acompañado de su amigo Andresillo, a matar indios. Al fin, es descubierto su engaño y Periquillo es expulsado de la población

---

(1) *Ibid*, tomo II, pág. 142.

de Tula, donde ya había adquirido gran fama como médico. Cae otra vez en la más negra miseria hasta que se gana tres mil pesos en una lotería; con este dinero compra ropa, se instala en una hermosa casa y a los pocos meses se casa con la niña Mariana. Después de gastar su dinero, vuelve a la pobreza. Muere su mujer y Periquillo se hace sacristán. Luego es miembro de una cofradía de mendigos. Después de otras bellaquerías es condenado a servir al rey en Manila; allí se regenera bajo la tutela de cierto coronel. Cuando éste muere, Periquillo se embarca para México para terminar su condena; naufraga y se salva en una isla; y allí acompañado de un mandarín chino, sigue viaje a su patria. Ya en México, sirve de guía al mandarín, pero pierde tan buen empleo por sus malas artes. Sin esperanza trata de ahorcarse, pero como está borracho no logra su intento. Cansado de la vida, abandona la capital y se une a una pandilla de bandidos y cuando éstos son destruídos Periquillo logra salvarse. Arrepentido definitivamente, entra en unos ejercicios religiosos y al salir sirve con honradez a un comerciante. Premiada su buena conducta, empieza a prosperar; se casa con la hija de un amigo, vive todavía algunos años feliz y cuando siente que se aproxima la muerte, escribe sus memorias para advertencia de hombres extraviados. Muere Periquillo en olor de santidad; es enterrado cristianamente y se esculpen sobre su losa dos epitafios, uno en latín y el otro en castellano.

El *Periquillo Sarniento* es un libro ameno si el lector se salta las mil digresiones que contiene y las muchas citas y latinajos. Con un poco de poda se podría hacer de él una novela picaresca con harta gracia e intención. Las mil aventuras del pícaro, en su paso por la sociedad mexicana de fines del período virreinal, forman un cuadro vivo de las costumbres de ese tiempo. Su crítica es traviesa, pero va hasta el fondo de los males que afligían al virreinato; tiene además una trascendencia política digna de tomarse en cuenta en aquellos años. Con más justicia que en otras obras literarias mexicanas se podría hallar en *El Periquillo* esa vaga apariencia de americanismo que buscan los críticos desde las primeras obras coloniales. Ya no son sólo el estilo descuidado, la sintaxis caprichosa, los vocablos nacionales (atole, guajolote, guaje, jonuco, jacal, metate, zarape, etc.), las indicaciones de lugares, sino que hay elementos psicológicos que sitúan a esta novela en el plano de nuestra literatura autóctona. En efecto, hay en *El Periquillo* una especie de humildad mexicana; el héroe no tiene los arrestos del pícaro español, su énfasis, su altanería. Antes por el contrario, su modo de ser es el de un muchacho inocentón, que aprende las picardías, sin llevarlas en la sangre. *Periquillo* es más desgraciado que malo y en algunas de sus aventuras hay una profunda tristeza. Estamos en presencia de un chico abandonado, sin voluntad, que piensa demasiado en los males que hace, para ser un verdadero pícaro. Le faltan per-

versión, hipocresía, conciencia de la maldad. Al lado de los otros desalmados—Juan Largo, el escribiente Chanfaina, los reos de la cárcel—Periquillo es una víctima. Cuando se acuerda con verdadera emoción de sus padres, vemos en él un hombre bueno a quien la vida del hampa no pudo corromper. Creemos que Lizardi pensaba como nosotros y por eso en vez hacer que su protagonista termine en la horca le salva; el arrepentimiento le hace ser buen esposo y buen padre de familia. El lector no está en desacuerdo con este desenlace, ya que sus picardías ni siquiera merecían una condena, mucho menos la muerte.

El estilo de la novela es sencillo, sin elegancia, justo. Sus páginas están salpicadas de refranes, de expresiones populares, de jugosos comentarios. Es un estilo popular, nada tortuoso, pobre, si se le compara con el de Quevedo, pero más adaptado a la conveniencia del relato. Puede notarse que «El Pensador» escribía con rapidez y que si hubiera tiempo para pulir y desbrozar habría podido ser uno de los grandes estilistas del siglo XIX. Lizardi es el primer escritor popular de México, el primero en abandonar el clasicismo del siglo XVIII, inflado y pedante, lleno de latines, de los cuales se burla El Periquillo donosamente. Toda su tendencia podría acaso señalarse como el mesticismo literario, en oposición al españolismo, caro a los escritores académicos.

Otras novelas escribió Lizardi, interesantes por su espíritu reformador, aunque inferiores como novelas

puras: Don Catrín de la Fachenda, (1) es una obra picaresca también. Catrín es el elegante, el currutaco de aquellos tiempos, vano y orgulloso, jactancioso, como lo dice su nombre. No sirve a ningún amo, pero pasa por la sociedad de su tiempo, lo mismo que Pedro Sarmiento, viviendo a costa de incautos. Es soldado, alcahuete, actor y ladrón. Pierde al fin una pierna, lo que le sirve maravillosamente, pues desde este momento se dedica a la más lucrativa de las profesiones, la de mendigo. Muere en el vicio, sin haber alcanzado la regeneración.

Don Catrín es inferior al Periquillo; el cuadro social es menos completo y hay repetición de situaciones y aventuras. El carácter del protagonista tiene menos simpatía que el de Pedro, siendo cobarde y demasiado orgulloso de su jerarquía social.

La Quijotita y su prima fué el subtítulo que dió el «Pensador» a su novela didáctica la Educación de las mujeres. (2). catálogo razonado y comentado de las teorías educacionales de ese tiempo, en especial de Rousseau, en forma de novela. Contrasta el «Pensador» la vida de dos primas, producto de una «educación vulgar y maleada» y la otra «de una

---

(1) *Vida y hechos del famoso caballero D. Catrín de la Fachenda.* Obra inédita del Pensador mexicano, etc. México, 1832, 154 páginas.

(2) De la primera edición se publicaron los dos primeros volúmenes, 1818. *La Quijotita y su prima*, historia muy cierta con apariencias de novela, etc. México, 1831, 4 vols.

crianza moral y purgada de las más comunes preocupaciones». Una termina en una casa de prostitución y en una muerte horrible y la otra en la paz y felicidad del hogar. Tiene esta novela, a vuelta de dilatadísimas y largas digresiones sobre esto y aquello, algunos episodios y aventuras dignos de interés y un sabor marcadamente mexicano, por la descripción de las costumbres y la manera de ser de la gente. Pero hoy, a cien años de distancia, lo que fué serio y trascendental resulta cómico o ridículo. No es lo menos divertido de esta novela el nombre de los caracteres: Prudenciana, Pomposa, Langaruta. Nos recuerda *La Quijotita* esas gramáticas escritas en versos que tuvimos que memorizar en nuestra niñez.

No citaríamos sus *Noches tristes*. (1), si no fuera que esta novela tiene el gran valor de señalar los comienzos del romanticismo en la prosa de América. Inspirada en las *Noches lúgubres* de Cadalso hallamos en ella una buena cantidad de datos autobiográficos, de carácter íntimo, de valor psicológico. Nos cuenta Lizardi sus tristezas y sufrimientos durante las persecuciones de que fué objeto en la guerra de la independencia. Hay mucho de las *Noches lúgubres* y algo de *Night thoughts*, de Youg, en esta novela. Ambiente elegíaco, presencia constante de lo tétrico, de lo pavoroso; atracción de las sombras noctur-

---

(1) México, 1818. 112 págs.

nas; comunión del alma con aspectos tristes de la naturaleza. Como novela *Noches tristes* es un fracaso, pero ese estilo solemne y elegíaco que Lizardi imitó bastante mal, señala un momento de importancia en la evolución de la prosa en América.